

Con que se hallaba abrigada,
Al mirar su hermoso cielo,
No pudo irse sin besarla
En el carrillo izquierdo.
Despertó despavorida;
Gui de Borgoña á este tiempo,
Que estaba de centinela,
Acudió á los gritos luego,
Y apenas salió á la puerta,
Vió un hombre salir huyendo:
Lo agarró por la cintura,
Y le hizo saltar los sesos
Contra el umbral de la puerta,
Y á la mar lo arrojó luego.
En este tiempo Floripes
Ha echado el cinto ménos;
Los caballeros cristianos
La consolaban diciendo:
—No os dé cuidado, señora.
Que estando Dios de por medio,
No nos puede faltar nada,
Y la Reina de los cielos.—
Amaneció al otro día;
Pero el Almirante, viendo
De que Marpín no venía,
Dice:—Ya le tienen muerto.—
Cercaron toda la torre,
Y los doce caballeros,
Muertos de sed y de hambre,
Luego al instante salieron.
Hicieron tan gran combate,
Que la sangre de los cuerpos
Corría por los arroyos
Como cuando está lloviendo.
En fin, ganaron del campo
La provision, y trajeron
Diez acemillas cargadas
De vituallas, y camellos
Cargados de pan y vino
Mas de catorce trajeron,
Llevándolos á la torre,
Y el muy noble caballero
Que llaman Gui de Borgoña
Se quedó enredado en ellos.
Pero viendo Don Roldán
Que faltaba un caballero,
Y la hermosa de Floripes,
Con muy grande sentimiento
Volvieron para buscarlo,
Y ya estaba prisionero
En poder del Almirante,
Que mandó luego al momento,
De que pusieran la horca
Donde esté á la vista de ellos.
Fjecutáronlo al punto
Con algazara y estruendo.
Sacaron á Gui de Borgoña,
Dándole golpes muy recios,
Tirándole muchas piedras
Desde el grande hasta el pequeño.
Reparó Ricarte, y vió
Que ya iba su compañero
Llegando al pié de la horca,
Y que le estaban subiendo:
Se partió luego al instante
Con dos de sus compañeros;
Se llegó al pié de la horca,
Y con su cortante acero
Cortó la sogá y le dió
Al que lo estaba subiendo
Tan gran golpe en la cabeza,
Que lo despachó al infierno.
A que llevase unas cartas
Para él y sus compañeros.
Arman á Gui de Borgoña
Con armas de un caballero,
Y así que se vido armado,
Eran sus golpes tan ciertos,
Que siempre buscando iba

A los mayores empeños.
Les ganaron á Aguas-Muertas,
Y el Almirante huyendo
Se retiró á otra ciudad
De dos leguas poco ménos.
Los caballeros cristianos
Recogieron los pertrechos,
Y volviéronse á la torre,
Donde recibidos fueron,
Y á la señora Floripes
Le entregaron á su dueño.
Don Roldán dijo:—Señores,
Uno de los caballeros
Es menester que se vaya
Con gran cuidado y secreto
A dar cuenta á Carlo-Magno,
Que nos envíe refuerzo.—
Ricarte dijo:—Señores,
El ir solo bien me atrevo,
Que sé muy bien el camino,
Solo á la puente le temo;
Pero al fin, yo daré trazá,
A ver si pasarla puedo.—
Se despidió vigilante,
Y tomó el camino luego.
Ya que iba bien desviado,
Oyeron con gritos fieros
Del campo del Almirante,
Que repiten estos ecos:
—Aquel que va á Carlo-Magno
Prendedle luego al momento.—
Y el rey Clarion, que estaba
Con su ejército soberbio,
Dice:—Yo solo he de ir,
Y lo daré vivo, ó muerto.—
Lo alcanzó en muy breve rato,
Estas palabras diciendo:
—Di, villano, ¿dónde vas?
Que ahora vendrás prisionero,
Ó te quitaré la vida.—
Ricarte dijo severo:
—A bien que solos estamos;
Agora aquí nos veremos.—
Metieron mano á sus lanzas,
Dándose recios encuentros;
Pero de allí á poco rato
Ricarte logró su intento,
Que lo sacó de la silla;
Y así que lo vió en el suelo,
La cabeza le cortó
Dando mil gracias al cielo;
Y viendo que su caballo
Era tan hermoso y bueno,
Montó en él luego al instante
Dejándose el suyo snello,
El cual se volvió á la torre;
Y viendo los caballeros
El caballo de Ricarte,
Tuvieron gran sentimiento,
Que juzgaron que Ricarte
Sería en el campo muerto.
Llegó á la orilla del río,
Y viéndolo tan soberbio,
Se ocultó entre unos breñales,
Devota oracion haciendo
A Dios todopoderoso.
Vió venir un blanco ciervo
De la otra parte del río,
Y asíó al caballo del diestro,
Poniéndolo al otro lado,
¿Quién vió mayor misterio!
Salió corriendo el gigante
Por ver si puede prenderlo,
Y Ricarte en su caballo
Iba mas veloz que un viento.
Fué donde está Carlo-Magno,
El cual se alegró de verlo;
Preguntó por sus varones,
Le dijo que estaban buenos,

Metidos en una torre
Con muy pocos alimentos,
Y la señora Floripes
Tambien se queda con ellos,
Porque quiere ser cristiana,
Y al instante con secreto
Alistó todas sus tropas
Para ir á socorrerlos.
Ricarte dijo:—Señor,
El poder del mundo entero
No puede ganar la puente,
Si alguna industria no hacemos
Si me concedéis licencia
Que cincuenta caballeros
Con los caballos y cargas,
Como que vamos al reino
A llevar las mercancías,
Por ver si acaso podemos
De que nos abra la puente,
Y luego que tenga abierto
Meter mano á nuestras armas
Y soltar las capas diestros.—
Lo hicieron como lo dijo,
Y aquella noche salieron
Mas de doscientos mil hombres,
Y otros seis mil caballeros.
Cosa de un cuarto de legua
De la puente, se escondieron
Y los cincuenta marcharon:
Tocan á la puente, y luego
Salió el gigante, y les dice
Que quién son; y respondieron:
—Somos unos mercaderes
Que pasamos para el reino
Del almirante Balán,
Y el tributo le traemos
Que se paga en este puente.—
Dijo el gigante:—¿Es entero?
Me traeréis las cien doncellas,
Y tambien cincuenta perros
De caza, y los once gatos?
Que han de ser de todo negros?
Por cada uno un marco de oro
Me habeis de dar, y con esto
Pasareis por esta puente
Sin que os venga ningun riesgo.—
Respondió el duque Regner:
—Abre, te entregarás de ello.—
Abrió el gigante la puente,
Y Ricarte, muy ligero,
Poniendo el pié en el umbral,
Soltó la capa muy diestro;
Otro tanto hicieron todos,
Y el gigante muy soberbio,
Viendo que lo han engañado,
Alzó una porra de hierro
Para tirarle á Ricarte:
Le hurtó vigilante el cuerpo;
Pero fué con tal pujanza,
Que tres cuartas en el suelo
La metió, pero al sacarla,
Llegó Ricarte muy diestro,
Y con su cortante espada
Le dió en el hombro derecho,
Que el hombro y la media espalda
Le hizo venir al suelo,
Y Carlo-Magno, que estaba
Con cuidado, acudió presto
Al gigante mal herido,
Que era un leon carnicero:
En fin, ganaron la puente,
Y al gigante muerte dieron.
Fierabras y Carlo-Magno
Iban de los delanteros
Para la segunda puente,
Que halló otro gigante puesto,
Al cual Anteon llamaban,
Con una barra de hierro,
Que diez hombres no podían

El levantarla del suelo,
Y en altas voces decia
Con enfurecidos ecos:
—Venga acá ese Carlo-Magno
Y todos sus compañeros,
Que aquí está la puerta abierta:
Vengan, que aquí los espero.—
Quiso salir Carlo-Magno,
Y Fierabras á este tiempo
Llegó y dijo:—Gran señor,
Este le toca á mi empeño.—
Y se fué para el gigante
Que alzó la porra lijero,
Y él se metió por debajo,
Y dió tal golpe en el suelo,
Que hizo temblar la puente
Y todos cuantos hay dentro,
Y Fierabras vigilante
Le pegó un golpe tan fiero,
Que le cortó entrambos brazos
Por cima de los mollos,
Y le dió otra cuchillada
Que le cortó todo el yelmo,
Y la cabeza le hendió
Hasta cerca del pescuezo.
Se metieron en la villa,
Mandó tocar á degüello:
Unos se tiran al río,
Otros se escapan huyendo
A dar cuenta al Almirante,
Adonde los dejaremos.
Que en la otra sexta parte
A mi auditorio prometo
Referir del Almirante
La vida, fin y sucesos.

(Carlo-Magno, Pliego suelto.)

1258.

BATALLA ENTRE LAS TROPAS DE BALAN Y LAS DE CARLO-MAGNO: AQUEL ES VENCIDO, PRESO Y EN FIN ENTREGADO Á LA MUERTE POR SU PROPIO HIJO FIERABRAS, PORQUE SE NEGÓ Á RECIBIR EL BAUTISMO.— VI.

(De Juan José Lopez.)

Supuesto que prometí
A mi auditorio discreto
El proseguir con la historia,
Escuchadme un rato atentos.
Ya dije que Carlo-Magno
Se entró en la villa luego,
Y se apoderó de los tesoros;
Mas no se aprovechó de ellos,
Que los repartió á su gente
Porque cobren mas aliento;
Pero aquella misma noche,
Cuando estaban en silencio,
La gigante Damieta,
Viendo á su gigante muerto,
Salió con una bisarma
Llena de rabia y veneno.
Cogiéndolos descuidados,
Degolló mas de doscientos,
Y degollara á cien mil
Con igual furia y denuedo,
A no ser por Fierabras
Que una honda de vaquero
Tomó, y poniendo una piedra,
Le hizo el tiro tan certero,
Que el brazo con la bisarma
Se lo dividió del cuerpo.
Cayó la gigante en tierra,
Y allí la muerte le dieron,
Y registrando la cueva,
Hallaron allí durmiendo
Dos niños de cuatro meses
De doce palmos y medio:
Los bautizó Carlo-Magno,
Y al uno puso Oliveros

Y al otro puso Roldan,
 Pero presto se murieron:
 Y volviendo al Almirante,
 Que cuando supo por cierto
 Que habian ganado la puente
 Y son los gigantes muertos,
 Maldice á todos sus dioses
 Lleno de rabia y veneno,
 Y los hizo mil pedazos.
 Sortriban llegó á este tiempo,
 Diciendo:—Noble señor,
 ¿Qué haceis? que eso no es bueno;
 Pide perdon de la injuria
 A nuestros dioses, que es cierto
 Los habremos menester,
 Por ver si acaso podemos
 Apresar á Carlo-Magno
 Y darle castigo fiero.
 A ruegos de Sortriban
 Les pidió perdon, diciendo,
 Que aumentaria su imagen
 Del oro mas fino y terso
 Cincuenta libras cabales,
 Porque cause mas respeto;
 Pero el demonio encantado
 Que tiene el idolo dentro
 De la cabeza, responde
 Con estos fingidos ecos:
 —Yo te perdono, y así
 Preven tu gente al momento,
 Que has de vencer las batallas,
 Y de todo serás dueño.—
 Apenas aquesto oyó,
 Mandó aprestar al momento,
 Que hiciesen tres batallones:
 Va el rey Turbante el primero,
 El segundo Sortriban,
 Y el rey Tempestre el tercero;
 Y Carlo-Magno venia
 Ya con su acompañamiento:
 Salió Fierabras al punto
 Estas palabras diciendo:
 —Muy poderoso señor,
 Solo una merced te ruego:
 Que divulgues en tu real
 Que cualquiera caballero
 Que se encuentre con mi padre
 No le dé muerte, que quiero
 Ver si puede ser cristiano.—
 Le dice:—Te lo concedo.—
 Y nombrando á Galalon
 Que fuera por mensajero
 Adonde está el Almirante,
 Estas palabras diciendo:
 Que si quiere cristianarse,
 Y entregar los caballeros,
 Y las sagradas reliquias,
 Que se quedará en sus reinos,
 Y le volverá sus tierras
 Con un tributo pequeño.
 Y el Almirante responde:
 —No serás buen caballero
 Cuando tu señor te envía
 A un puesto de tanto riesgo.—
 Galalon le respondió:
 —Nosotros nunca podemos
 El negarle la obediencia,
 Y te aseguro por cierto,
 Si no haces lo que te dice,
 Que te echará de tus reinos,
 Y tendrás grandes trabajos.—
 A este tiempo un caballero,
 Que está con el Almirante,
 Alzó la mano soberbio
 Para darle á Galalon,
 Pero él anduvo ligero;
 Que le pegó una lanzada,
 Que le dejó caer muerto
 A los pies del Almirante,

Y luego se escapó huyendo;
 Fué donde está Carlo-Magno,
 Contándole este suceso.
 Mandó tocasen al arma
 Los timbales é instrumentos,
 Y el rey Turbante venia
 Con su batallon soberbio:
 Solo se metió en el real,
 En altas voces diciendo:
 —Venga acá ese Carlo-Magno,
 Y verémos los dos viejos
 Cuál se lleva la victoria.—
 Y Carlo-Magno á este tiempo
 Tomó la espada y la lanza,
 Salió á la palestra luego.
 Se embistieron los dos Martes
 Con tanto valor y esfuerzo,
 Que cada cual pretendia
 Llevar del lauro el empenio;
 Pero viendo Carlo-Magno
 Que no heria al caballero,
 Como era diestro en la lucha,
 Soltó la lanza en el suelo,
 Se descubrió de su escudo,
 Y á él se arrojó ligero;
 Lo agarró por la cintura,
 Y dió con él en el suelo;
 La cabeza le cortó,
 Y los suyos acudieron.
 Se armó tan cruel hatalla,
 Que dentro de breve tiempo
 Dieron muerte á Sortriban,
 Y al rey Tempestre el tercero.
 Pero viendo el Almirante,
 Que son sus magnates muertos,
 Se entró por medio de todos
 Sin el temor de los riesgos:
 Atropelló mucha gente,
 Mató muchos caballeros,
 Y el buen padre de Roldan
 Quiso salir al encuentro;
 Pero fué mala su suerte,
 Porque á los lances primeros
 Se le ha quebrado la espada
 Por cerca de los brazuelos,
 Y así que vió el Almirante
 Que lo tenia indefenso,
 Lo atravesó en su caballo²,
 Y quiso escapar huyendo.
 Fierabras, cuando lo vió,
 Salió para detenerlo,
 Y se le puso delante,
 Y le quitó el caballero;
 El padre le conoció,
 Estas palabras diciendo:
 —¿Sois acaso Fierabras
 En los valerosos hechos?—
 Dijo que sí, y muy humilde
 Le empezó á rogar muy tierno
 Que se volviese cristiano
 Y creyese en Dios inmenso.
 El padre le respondió,
 Lleno de rabia y veneno:
 —¡Oh, nunca hubieras nacido,
 Para no darme tormento!
 Tú vives muy engañado,
 Y en tí gran venganza espero.—
 Le rodeó las espaldas,
 Y Fierabras á este tiempo,
 Por no reñir con su padre,
 Se tiró á otros caballeros.
 Los que estaban en la torre
 En este tiempo salieron;
 Acuden á la batalla,
 Y los pillaron en medio.
 En fin ganaron el campo
 Y al Almirante prendieron,
 Llevándolo á Carlo-Magno,
 Y mandó luego al momento

ROMANCES VULGARES CABALLERESCOS.

Lo encierren en una sala
 Con otros seis caballeros
 Que cuiden de su persona
 Y le den buenos consejos.
 Vino á la noche Floripes
 Y Fierabras, que con tiernos
 Suspiros le suplicaban
 Que creyese en Dios eterno,
 Y el traidor del Almirante
 Les engañó, así diciendo:
 Que queria ser cristiano,
 Y quedaron muy contentos,
 Y á otro dia de mañana,
 Prevenidos los pertrechos,
 A la iglesia lo llevaron
 Entre muchos caballeros.
 Vino el señor Arzobispo,
 Dándole buenos consejos,
 Y enfadado de escucharlo,
 Levantó el brazo soberbio,
 Y al Arzobispo en la cara
 Le dió un bofetón tan recio,
 Que se le ha bañado en sangre
 Y lo asíó por los cabellos
 Para meterlo en la pila;
 Mas Fierabras viendo esto
 Llegó, y le dijo á su padre
 Con muy doloridos ecos:
 —Dulce padre de mi vida,
 Deja esos idolos fieros,
 Recibe el santo Bautismo,
 Y tendrás parte en el cielo.—
 Respondió muy enojado:
 —En balde es cansaros, necio,
 Que mas queria morir
 Que no olvidar los preceptos
 De mi profeta Mahoma,
 Que son muy santos y buenos.—
 Pero viendo Fierabras
 Que se hallaba tan protervo,
 Mandó luego á los peones
 Al campo lo saquen fieros,
 Y allí le diesen la muerte,
 Pues que no tiene remedio
 En fin murió el Almirante,
 Y publican en el reino
 Que el que quiera cristianarse
 Acuda luego al momento.
 Mas de doscientas mil almas
 A nuestra ley se volvieron.
 Bautizaron á Floripes,
 Y con muy grande contento
 Los desposan y los velan,
 Y quedando en lazo estrecho
 Con su amado Gui de Borgoña
 Daba mil gracias al cielo.
 Allí estuvo Carlo-Magno
 Mas de dos meses y medio,
 Mientras se aquieta la gente,
 Dándoles buenos consejos
 De que guardasen la fe
 Y los santos Evangelios,
 Y cuiden de sus vasallos.
 Hizo dos partes el reino,
 Una le dió á Fierabras
 Para que quede con ellos,
 Dándole cetro y corona;
 Y con generoso afecto
 La otra dió á Gui de Borgoña,
 Dejándolos muy contentos
 Por reyes de aquella tierra.
 Al cabo de poco tiempo
 Se despidió Carlo-Magno;
 Pero aquí atiende el discreto,
 Que no puedo yo explicar
 El dolor y sentimiento
 Que recibió Fierabras
 Al dejar su compañero,
 Que era el señor Don Roldan,

Que eran dos almas y un cuerpo;
 Y tambien Gui de Borgoña
 De su pariente Oliveros,
 Que eran muchos los suspiros,
 Las lágrimas y lamentos
 Con que tiernos se despiden,
 Y para Francia se fuéron.
 Dejemos á Carlo-Magno
 Sosegado ya en su reino,
 Donde estuvo algunos dias,
 Y en la sétima prometo
 Referir á mis oyentes
 Los soberanos misterios
 Que le reveló Santiago,
 Que fué por orden del cielo.

(Carlo-Magno, Pliego suelto.)

¹ Así murió tambien á manos de Rinaldo la dama Robenza.
² Hé aquí una version distinta de otras mas antiguas sobre
 la muerte de Milon de Anglante, padre de Roldan y cuñado de
 Carlo-Magno.

1259.

CONQUISTADO EL REINO DE DALAN, VUELVE CARLO-MAGNO Á
 FRANCIA, DONDE ESTANDO TRANQUILO VE EN EL CIELO UN
 CAMINO DE ESTRELLAS QUE ATRAVESABA DESDE ITALIA Á
 GALICIA. POR REVELACION DE SANTIAGO PARTE Á CON-
 QUISTAR ESTE PAIS Y HALLA Y HONRA EL CUERPO DEL
 APÓSTOL: BATALLA EN QUE FERRAGUZ ES VENCIDO Y MUER-
 TO POR ROLDAN.— VII.

(De Juan José Lopez¹.)

Ya dije que Carlo-Magno
 Y todos sus caballeros
 Se volvieron para Francia
 Muy alegres y contentos,
 Porque habian conquistado
 De Aguas-Muertas todo el reino;
 Pero estando descansando
 Una noche, miró al cielo,
 Y vió un concierto hermoso
 De estrellas y de luceros,
 Que atravesaba la Italia,
 La Gascuña y otros reinos
 De Aragon y Cataluña,
 Y que iba prosiguiendo
 Hasta el reino de Galicia.
 Novedad causó en su pecho,
 Y se puso en oracion;
 Alzó los ojos al cielo,
 Pidiéndole á Dios quisiere
 Declararle aquel misterio:
 Vió estar junto á su cama
 Un hombre de gran respeto,
 Tan hermoso y tan bizarro
 Que daba contento el verlo,
 Y le dice á Carlo-Magno:
 —Dime, ¿qué son tus deseos?—
 Dijo:—Saber lo que encierra
 Aquel hermoso concierto
 De estrellas tan refulgentes
 En camino tan derecho.—
 —Sabrás que aqueese camino
 Será la guia y concierto
 Para llevarte á Galicia,
 Adonde hallarás mi cuerpo
 Que está en poder de paganos,
 Y en sacándolo, te advierto
 Que has de hacer un santuario,
 Que soy Santiago, y te expreso
 Que del Zebedeo soy hijo,
 Y tambien hermano mesmo
 De San Juan Evangelista,
 Apóstoles del supremo
 Señor, que ese camino
 Hizo tan hermoso y bello,
 El cual á tí me envió
 Porque vayas con acierto,
 Y hagas el templo en mi nombre,

Que irán de todos los reinos
A ganar indulgencias
Y devotos jubileos,
Y remisión de pecados
A los que con firme celo,
Confesados y contritos,
Pidan perdón de sus yerros;
Y esto tiene de durar
Hasta el fin del mundo, es cierto,
Que el Señor me ha concedido
Todos estos privilegios.
Con esto, adios, que me voy.—
Y desapareció luego,
Y Carlo-Magno quedó
Regocijado y contento.
Mandó aperebir su gente,
Y tomó la marcha luego
Para el reino de Galicia,
Donde llegó en breve tiempo,
Ganando muchos castillos,
Villas, ciudades y pueblos.
Con grandísimos trabajos
Hallaron el santo cuerpo
De nuestro apóstol Santiago,
Y luego con firme celo
Mandó hiciesen una urna
Hermosísima en extremo.
Con muchas piedras preciosas
De mucho valor y precio.
Hicieron el santuario
Los más hábiles maestros
De mejor arquitectura,
Y después que estuvo hecho
Muy hermoso y agraciado,
Que daba contento el verlo,
Lo adornó muy ricamente
Con muy ricos ornamentos:
Cálices de oro y de plata,
Patenas y ricos velos,
Albas, casullas y paños
Muy riquísimos y buenos;
Lo dotó de muchas rentas
Y tesoros de gran precio;
Y todo finalizado,
Puso un arzobispo luego
Canónigos veinte y cuatro,
Con un arcediano entre ellos,
Para que rija y gobierne
Este suntuoso templo;
Y rematada la obra,
Y todo muy bien compuesto
Dió la vuelta para Francia;
Pero en este mismo tiempo
El Almirante, que estaba
En Babilonia de asiento,
Pesaroso de la muerte
Del rey Aigolante, y viendo
Que había ganado á Galicia
Y los comarcanos reinos,
Envió á llamar á Ferraguz²,
Que era un gigante soberbio,
El cual tenía de alto
Diez y seis palmos y medio,
Fuerza de cuarenta hombres,
Y muy fornido de cuerpo.
Le entregó treinta mil hombres
Para que salga con ellos
A dar guerra á Carlo-Magno;
El cual salió al momento:
Fué á la ciudad de Vagiere,
Donde tiene su real puesto,
Y le dijo á Carlo-Magno
Si quiere hacer un concierto
De que se haga la batalla
Brazo á brazo y cuerpo á cuerpo;
Y Carlo-Magno, que estaba
Fiado en sus caballeros,
Le envió á Oger de Danois,
Que es muy valiente en extremo.

El gigante, que lo vió,
Hacia él se fué muy serio,
Lo asió debajo del brazo,
Y lo llevó á su real preso,
Y lo encerró en una torre,
Y al campo volvió lijero.
Viendo esto Carlo-Magno,
Envió á Reinaldos presto;
Hizo lo mismo con él
Que con el otro primero;
Fué Constantino de Roma,
Y lo agarró con esfuerzo:
Lo llevó donde tenía
A los otros compañeros.
Pesaroso Carlo-Magno,
Le envió dos caballeros,
Por ver si con ellos puede
Lograr algo de su intento.
El gigante que los vió,
A ellos se fué lijero,
Y como que nada hacia,
Los asió ambos á un tiempo,
Y cada uno en su brazo
Los llevó á la torre presto.
Viendo esto Carlo-Magno,
Quedó admirado y suspenso,
Y sabiéndolo Roldan,
Muy esforzado y resuelto,
Fué á pedir á Carlo-Magno,
Con grande valor resuelto,
Le concediese licencia
Para salir al empeño.
Con el gigante á batalla,
Y se la concedió luego,
Y armado de todas armas
En su caballo soberbio,
Y con una gruesa lanza
Salió al campo lijero:
Fué donde estaba el gigante,
Y así que lo vió risueño,
Fué para él vigilante,
Y Roldan con grande esfuerzo
Le dijo: —Toma tu lanza,
Y ven á batalla luego.—
Sin responderle palabra,
Se fué á Roldan como un trueno;
Pero Roldan con la lanza
Le dió tan terrible encuentro,
Que le desvió de sí;
Pero el gigante volviendo
A juntarse con Roldan,
Le tomó por medio el cuerpo,
Y lo sacó de la silla,
Y lo llevaba lijero
Para encerrarlo en la torre
Con los otros caballeros.
Viéndose Roldan llevar,
Estribió con el pie recio
En las ancas del caballo,
Y asió con las manos diestro
Al gigante del capuz,
Y entrambos á dos cayeron
En el suelo, y al instante
Ambos en pie se pusieron:
Echan mano á las espadas,
Dándose golpes tan recios.
Pelean toda la tarde
Con mucho valor y esfuerzo,
Sin que se reconociese
Ventaja en ninguno de ellos:
Con esto llegó la noche,
Cubriendo su manto negro:
Dijo el gigante á Roldan:
—Ya es tiempo que descansemos,
Y así que amanezca el día
En este sitio te espero.—
Se fuéron, y al otro día
A la batalla volvieron;
Pelearon fuertemente

Como leones soberbios;
Pero el gigante cansado,
Dijo que tenía sueño
Y que quería dormir,
Y se ha tendido en el suelo.
Roldan tomó un grueso canto,
Cuanto alzar pudo del suelo,
Y se lo puso debajo
De la cabeza, y con esto
Durmió con mejor descanso;
Junto á él se sentó luego,
Mirándolo atentamente
Lo fornido de su cuerpo,
La dobleza de sus armas,
Y lo feroz de su gesto.
Despertó en esto, y le dice
Roldan: —He mirado atento,
Ferraguz, tu fortaleza
Y lo recio de tu cuerpo.—
Respondió el gigante, y dijo:
—Has de saber de que tengo
Fuerza de cuarenta hombres,
Y ser herido ni muerto
No puede ser, si no es
Por el ombligo, esto es cierto.
Tú eres cristiano, y quisiera
Me dijeras qué misterio
Y qué ley es la que siguen
Los cristianos verdaderos.—
Y Roldan le respondió:
—Has de saber por muy cierto
Que es la ley de Jesucristo,
Criador de tierra y cielo;
Padeció muerte y pasión
Por librarnos del infierno.—
Dijo Ferraguz: —Si quieres
De que hagamos un concierto,
Que la ley del vencedor
Sea la buena, esto es cierto.—
Y Roldan, muy confiado
En Dios y con firme celo,
Dijo que sí, y al instante
A la batalla volvieron;
Se dieron muy grandes golpes
Con mucho valor y esfuerzo.
Vió el gigante que Roldan
Le iba á dar un golpe recio,
Y se metió por debajo,
Y lo agarró por el cuerpo,
Y como que nada hacia,
Lo ha derribado en el suelo,
Y Roldan sacó un puñal,
Y con grandísimo esfuerzo
Se lo metió por debajo,
Le hirió el ombligo recio,
Y cuando se sintió herido
Pegó un grito tan soberbio,
Que estremeció todo el campo,
Y los suyos acudieron;
También vino Carlo-Magno
Con todos los caballeros.
Se armó tan cruel batalla,
Que era gran contento el verlo:
Mataron todos los moros,
Y vió Roldan á este tiempo
Que llevaban al gigante
La flor de los caballeros
A meterlo en la ciudad:
A ellos se fué como un trueno,
Y dándoles muerte á todos,
A su real lo llevó luego.
Le preguntó si quería,
Con cariñosos afectos,
Ser cristiano, porque goce
De la gloria su alma y cuerpo;
Dijo que no, y luego al punto
Les mandó á los caballeros
Le cortasen la cabeza,
Y con valeroso esfuerzo

A la batalla volvió;
Todos escapan huyendo;
Se meten en la ciudad,
Y los cristianos tras ellos:
Les ganaron la ciudad,
Sacaron los caballeros
Que estaban dentro en la torre,
Dándole gracias al cielo,
Que les dió tantas victorias
Contra enemigos tan fieros;
Se volvieron para Francia
Con muchísimo contento.
Y aquí el humilde poeta
Pide perdón de sus yerros;
Que en el postrero romance
Dirá del fin que tuvieron.

(Carlo-Magno, Pliego suelto.)

¹ Desde este romance se empieza á tomar el asunto de la falsa crónica de Turpin tan célebre, ya acaso conocida en el siglo xi y transmitida y popularizada después, cambiando é intercalando en ella infinitas fábulas y cuentos que se inventaban y propagaban entre el pueblo. Puede asegurarse que la historia vulgar de Carlo-Magno, de que forma una parte esta crónica, es una serie de descripciones de costumbres y creencias de los siglos medios; pero mezcladas y en continuo anacronismo las unas respecto á las otras. Sin embargo, no solo los eruditos, sino aun las personas de buen juicio é instruidas en las historias, pueden desembrollar este laberinto y discernir la redacción primitiva de las adiciones é intercalaciones.

² Este Ferraguz es el tipo ó modelo del Fierabras de los romances anteriores.

1260.

BATALLA DE RONCESVALLES; MUERTE DE ROLDAN; CARLO-MAGNO ACUDE Á LOS SUYOS Y LOS REHACE, VENCIENDO Á LOS MOROS; CASTIGO DEL TRAJIDOR GALALON.— VIII.

(De Juan José Lopez.)

Ya dije que Carlo-Magno
Y todos los caballeros
Se volvieron para Francia
Muy alegres y contentos,
Dándole gracias á Dios
Y á la Reina de los cielos
Y al apóstol Santiago,
De haber sacado su cuerpo
De entre poder de paganos,
De haber fabricado el templo
Vencido tantas batallas,
Y ganado tantos reinos.
A este tiempo el Almirante
De Babilonia, sabiendo
La muerte de Ferraguz,
Mandó que llamasen luego
Dos reyes á su presencia.
Marsirius vino de presto
Con su hermano Belengandus
Y entrególes al momento
Ciento y cincuenta mil hombres,
Porque saliesen con ellos
A dar guerra á Carlo-Magno:
Partieron luego al momento,
Y sabiendo Carlo-Magno,
Informado por muy cierto,
La venida de estos reyes,
Propuso luego al momento
De enviarles embajada,
Y para esto escogiendo
A Galalon entre todos
Por lo sagaz y discreto,
Elocuente y esforzado,
Vino muy gustoso en ello,
Y le dice Carlo-Magno:
—Vos, mi noble caballero,
Os habemos elegido
Para ir por mensajero
A los reyes, y digais
Que de mi parte les ruego
De que se vuelvan cristianos,